El capitalismo actual y la Etica del beneficio

RAFAEL LARRAÑETA
(Universidad Complutense)

El último proceso de cambio social, económico y político tiene un protagonista indiscutible: el capitalismo.

Las cuestiones que pueden suscitarse en torno a él son numerosas. No podemos abarcar en breve espacio un tema tan complejo, dinámico y polémico, pero sí queremos profundizar en su significado esencial, en sus vinculaciones con el régimen social y político de los Estados modernos y en los inquietantes interrogantes de signo ético que despierta.

Para ello dividimos nuestro estudio en cuatro puntos:

1. *Naturaleza del capitalismo.*
2. *Capitalismo y democracia.*
3. *Contradicciones en el Estado del Bienestar.*
4. *La sociedad del futuro: referencias mínimas.*

Los contenidos expuestos quedan fundamentados en obras de autores tan importantes como A. Smith, K. Marx, M. Weber, H. Marcuse, J. Habermas, P. Berger, R. L. Heilbroner, C. Offe y algunos otros que aparecen citados en la breve bibliografía final.

1. Naturaleza del capitalismo

Aunque parece sencillo, no es fácil definir con precisión qué es el capitalismo.

Si lo reducimos a su más simple esencia, podríamos afirmar que el capitalismo es el «arte» de extraer riqueza de la actividad productiva en forma de capital[1].

Esta sencilla descripción pone de relieve dos elementos sustanciales: el primero, la búsqueda y consecución de la *riqueza*. El segundo, la vinculación a un *proceso*, que ya Marx había definido como proceso de producción, sustancial en la estructura económica *(Unterbau)* del sistema capitalista[2].

1. Cf. HEILBRONER, R. L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*. Península, Barcelona, 1990, p. 27.
2. Cf. MARX, K.: *Contribución a la crítica de la economía política*. Alberto Corazón, Madrid, 1978, pp. 42-44.

Revista de Filosofía, 3.ª época, vol. VI (1993), núm. 9, págs. 173-188. Editorial Complutense, Madrid.

Obsérvense dos matices que hacen del capitalismo algo original y distinto. Por un lado, lo nuevo no es desear riqueza como fin en sí misma, lo novedoso es emplearla como forma de acumular *más riqueza*. En cuanto al capital, llama la atención que éste no aparezca ligado a algo material, inmutable, un «tesoro» que el azar pone en nuestras manos, sino que esté concebido como un proceso a *desarrollar, mantener e incrementar*.

Quedan sin explicitar algunas intenciones soterradas tras el empeño primordial del capitalista, pero ahora no nos detendremos en ellas[3].

Para entender en profundidad las peculiaridades propias del capitalismo en su vertiente económica y social conviene volver a los clásicos.

Marx hizo célebre la fórmula caracterizadora del mercado capitalista.

Simplificando la propia presentación de Marx, podemos decir que el mercado primitivo se distingue por el trueque neto y directo de mercancías, es decir, doy un producto mío (*W*) para recibir otro que necesito (*W*).

Con la aparición de la moneda (*G*) el mercado tradicional se hace más complejo, aunque en el fondo conserva idéntico esquema y responde al mismo entramado. Vendo por dinero (*G*) algo que tiene valor de uso para mí y que posee valor de cambio (*W*), a fin de recibir aquello que posea mayor valor de uso (*W*). La fórmula mercantil queda reducida a: $W - G - W$, donde la moneda o el dinero es mero instrumento material de intercambio de dos mercancías proporcionalmente iguales[4].

El mercado capitalista invierte los términos y su esquema aparece sustancialmente modificado. Expliquemos su contenido, dejando a un lado los matices posteriores de Marx.

El movimiento arranca de forma inversa, o sea, por el dinero. Con él se adquiere una mercancía, aunque para una finalidad distinta. No se trata de conseguir un nuevo valor de uso, sino de revender la mercancía. La figura representativa de esta operación es $G - W - G$. Sería absurdo que el negocio correspondiera exactamente a este cuadro y que el dinero obtenido fuera igual al invertido en la compra inicial, pues en ese caso el capitalista no se tomaría la molestia de poner en movimiento todo el proceso.

La ecuación cambia radicalmente en su tercer término, convirtiéndose en $G - W - G'$, siendo G' mayor a G. La meta del mercader en el sistema capitalista es siempre la ganancia. Más aún, el capitalista no entra en negocios sin proyectar siempre una ganancia *(Gewinn)*. «Por tanto, no debe considerarse que el valor de uso *(Gebrauchswert)* sea el fin inmediato del capitalista. Tampoco lo

---

3. Nos referimos al deseo de prestigio, al afán de dominación y poder que tan bien explica el autor. Cf. HEILBRONER, R. L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*, pp. 35-38, 45, 49-50. Marx aludirá al fetichismo de la mercancía en el sistema capitalista, acuñando el término *Geldkristall*, enmascarador del auténtico valor de los productos del trabajo. Cf. MARX, K.: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Dietz, Stuttgart-Berlín, 1922, Bd. I, cap. II, p. 50.

4. Cf. MARX, K.: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Bd. I, cap. IV, pp. 104-109. El significado original de esas siglas W – G – W es bien conocido: Ware – Geld – Ware (Mercancía – Dinero – Mercancía).

es la ganancia aislada, sino el movimiento incesante de renovación de la ganancia *(die rastlose Bewegung des Gewinnens)*»[5].

Esta es la gran diferencia del capitalista moderno con el ahorrador tradicional. Mientras éste cree asegurar el dinero salvándolo de los peligros de la circulación, el capitalista lo acrecienta lanzándolo constantemente a la circulación. Si queremos un calificativo para él, diremos que el capitalista es un atesorador *racional (rationelle Schatzbildner)*[6].

Este análisis, pese a las matizaciones que pueda sufrir, ha sido de gran provecho para la filosofía y la sociología moderna, como enseguida veremos en Weber y otros autores.

Habría que añadir un concepto de gran resonancia y que suscitará controversias permanentes.

Entre *G* y *G'* hay una diferencia en forma de incremento o excedente. Marx lo llama *plusvalía (Mehrwert)*[7], considerándolo simplemente como ganancia *(Gewinn)* o como incremento del capital *(Zuwachs des Kapitals)*[8]. Marx se esfuerza posteriormente[9] en demostrar cómo el capitalista, una vez que ha descubierto en la fuerza de trabajo la mercancía más rentable para sus beneficios, se apodera de esa plusvalía, pese a ser fruto privilegiado del esfuerzo de los trabajadores. Su denuncia será clara: ahí reside la explotación fundamental del sistema capitalista[10].

Esta conexión del capitalismo con el tema de la plusvalía y de la ganancia no es original de Marx.

Ya Adam Smith se esforzó en aclarar (1776) cómo en «el estado primitivo y rudo de la sociedad, *que precede a la acumulación del capital y a la apropiación de la tierra*»[11], «el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador, y la cantidad de trabajo comúnmente empleado en adquirir o producir una mercancía es la única circunstancia que puede regular la cantidad de trabajo ajeno que con ella se puede adquirir, permutar o disponer[12]».

Este tipo de explicación no sirve para los tiempos modernos. En los intercambios del mercado actual ha de reservarse una parte en razón de las *ganancias* que corresponden al empresario. Con otras palabras Smith explica el sentido de la plusvalía: «... el valor que el trabajador añade a los materiales se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las

---

5. *Ibid.*, p. 110.

6. *Ibid.*, p. 111. El subrayado es nuestro.

7. «Diesen Zuwachs oder den Überschuss über den ursprünglichen Wert nenne ich *Mehrwert*». *Ibid.*, p. 108. Subrayado en el original.

8. *Ibid.*, p. 109, nota 5, citando a Engels.

9. Cf. el capítulo titulado *Die Rate des Mehrwertes (La cuota de plusvalía)*, *ibid.*, pp. 164-180.

10. No ejercida directamente, como bien indica Heilbroner, sino a través de la presión del dinero y del mercado. Cf. HEILBRONER, R. L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*, pp. 31-33 y 44.

11. Cf. SMITH, A.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, 1982, p. 47. El subrayado es nuestro.

12. *Ibid.*, p. 47. Más adelante repite la misma idea. Cf. p. 63.

ganancias del empresario, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta»[13]. Sin ese beneficio el empresario carecería de interés en invertir y arriesgar su capital, concluye Smith.

Más comprometidamente J. Stuart Mill, en sus *Principios de Economía política,* de 1848, señalaba que la plusvalía, sea grande o pequeña, es arrebatada a sus productores[14].

Prescindiendo ahora de los tonos reinvindicativos, parece claro que el lucro, el beneficio y la ganancia son ingredientes básicos del capitalismo.

Todavía existen más precisiones sobre el capitalismo que podemos encontrar en los escritos de Weber.

Para Weber existen tres fenómenos típicamente occidentales: la ciencia, el funcionario y el Estado estamentario. Todos ellos tenían algún precedente en tiempos pasados. Pero además ahora conocemos un «producto» que es genuinamente occidental: el capitalismo. ¿Y qué elementos lo determinan como tal? La respuesta es clara y precisa.

El capitalismo de Occidente se define como *la organización racional capitalista del trabajo formalmente libre*[15]. Su finalidad consiste en adquirir una ganancia incesante, pero no desenfrenada, es decir, en la probabilidad pacífica de lucro[16]. Está causado de manera inmediata o próxima por la separación de la economía doméstica e industrial y por la utilización sistemática de la contabilidad racionalizada[17].

Weber tiene máximo interés en señalar que el fundamento del capitalismo es doble: la ciencia económica y una base jurídica garante del libre juego de competencia en la sociedad. La ordenación del Derecho en los regímenes capitalistas posee un componente de decisión ética, originado sin duda en un deber religioso más antiguo. Aquí enlazará su tesis básica acerca del calvinismo, pero no sin advertir que el elemento central de todo el fenómeno es la racionalización[18].

Como sabemos, el problema que aborda explícitamente es el origen del capitalismo, pero no en general, sino preguntándose cómo surge la estructura u organización racional del trabajo y cómo aparece el espíritu o ética del trabajo en el capitalismo, es decir, cuál es el origen del «espíritu» que mueve a los capitalistas y de dónde procede la justificación que dan a su finalidad incesante (el lucro).

El contenido esencial sería fácilmente formulable. El capitalismo no arran-

---

13. *Ibid.*, p. 48.

14. Cf. MILL, J. S.: *Principles of Political Economy,* University Press, Toronto, 1965, p. 13, citado por HEILBRONER, R.: *Naturaleza y lógica del capitalismo,* p. 64.

15. Cf. WEBER, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Península, Barcelona, [2]1973, p. 12.

16. *Ibid.*, p. 9.

17. *Ibid.*, p. 13.

18. Cf. WEBER, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* pp. 15-18.

ca del catolicismo, porque su ética castigaba la usura con excomunión y porque los países de esa confesión son menos prósperos[19]. Tampoco puede asignarse la raíz a la Reforma luterana, ni a sectas como el metodismo o el pietismo. El fundamento lo encontramos en el calvinismo y más concretamente en su doctrina de la predestinación[20]. Veamos el discurso weberiano para probar esta sorprendente afirmación.

Sólo Dios conoce el destino inexorable de los humanos. Nadie está seguro de alcanzar la salvación. Un modo de sentirse en el recto camino son las buenas obras, pero sabiendo que los «santos» (predestinados, elegidos) son pocos y llevan una conducta de aristocratismo espiritual. La santidad del monacato se convierte en ascesis laica dentro del mundo y la profesión se entiende como llamada de Dios. Con lo cual *se organiza toda la vida para la gloria de Dios*, es decir, racionalización, aprovechamiento máximo del tiempo hábil y justificación de *todo* (también el lucro, el beneficio) como bendición de Dios[21].

La conclusión es evidente. Aparece la organización económica capitalista como algo permanente, la austeridad ascética del burgués ayuda a la acumulación de los beneficios, ya que por motivaciones ético-religiosas las incorpora al capital inversor y queda justificado el lucro incesante, que se transformará en el fin legitimado del capitalismo.

Al margen de otras vertientes, Weber ha dejado bien descrito el capitalismo en varias facetas.

Ante todo, como *organización racional de la producción*. Este aspecto, ya apuntado por Marx, se revela como uno de los ejes primordiales, desde el cual pudo existir y evolucionar el capitalismo industrial[22].

Otro constitutivo fundamental es la definición del capitalismo como una estuctura *formalmente libre*. Este calificativo cuestionable y cuestionado, pero siempre recordado como cardinal[23], también estaba señalado por Marx, aunque

---

19. *Ibid.*, pp. 25 y s.

20. A ello dedica gran parte del libro. Cf. *ibid.*, pp. 101-207.

21. *Ibid.*, pp. 209 y s.

22. Este tipo de actividad incesante, dirigido a revolucionar los medios de producción, aparece en Marx como una especie de alabanza hacia el espíritu burgués: «Die Bourgeoisie kann nicht existieren, ohne die Produktionsinstrumente, also die Produktionsverhältnisse, also sämtliche gesellschaftlichen Verhältnisse fortwährend zu revolutionieren.» Cf. MARX, K., y ENGELS, F.: *Manifest der kommunistischen Partei*, Reclam, Stuttgart, 1970, p. 26. El signo de la burguesía es la sustitución de las viejas estructuras por una inquietud y dinámica constantes (ewige Unsicherheit und Bewegung). *Ibid.*, p. 27. La racionalización alcanza a todo lo que era intocable y santo (p. 27), transformando los vínculos familiares en simples relaciones de dinero (Geldverhältnis). *Ibid.*, p. 26.

23. «Bajo un sistema de trabajo asalariado, los trabajadores son completamente libres de decidir si quieren o no trabajar. No se les puede obligar a trabajar si ellos no quieren. A los ojos de muchos teóricos conservadores es este derecho contractual a la negativa –un derecho que protege tanto a patronos como a empleados del uso coercitivo de su propiedad (capital en el caso del patrón, la fuerza de trabajo en el caso del trabajador)– lo que constituye la base política esencial del capitalismo y, además de esto, su justificación esencial como orden moral.» HEILBRONER, R. L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*, pp. 56-57.

de forma crítica, denunciando la desigualdad de posibilidades reales en ese mercado teóricamente libre[24].

El tercer punto puesto de relieve por Weber es *la ética del beneficio*. Pensados los bienes como un don natural a repartir equitativamente entre todos los hombres, seguimos perplejos ante las enormes desigualdades existentes. Ni siquiera conocemos, pese a los esfuerzos de muchos[25], por qué se pasa en la historia humana de lo comunal a lo privado-desigual. El capitalismo no puede renunciar al lucro, el beneficio es la sangre que le hace vivir[26], pero con ello introduce una forma de guerra social, algo lejana a los principios de Smith, cuando concebía la ganancia como un valor creado por el trabajo y destinado a ser repartido proporcionalmente[27].

El interrogante profundo sobre la legitimidad social, ética y política del capitalismo está planteado y no definitivamente resuelto. Es necesario volver sobre ello.

2. Capitalismo y democracia

El derrumbamiento del comunismo en los países del Este, sobre todo en su modelo supremo y más antiguo, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ha dejado como prototipo aparentemente único de sociedad moderna y de sistema económico el capitalismo occidental.

Este giro, presentido y ansiado por muchos pensadores de signo conservador, ha sido aprovechado por ellos para convertirlo en demostración práctica de sus principios acerca del capitalismo y del sistema político democrático. Conviene escuchar sus tesis. Luego expondremos algunos contrapuntos críticos.

El eje sobre el que giran y al que vuelven continuamente los llamados neoconservadores es la estructura económica que está vinculada en Occidente a la democracia y que ha propiciado a través de sus propias autorrestricciones la aparición de un modelo de Estado protector y reparador de los desajustes sociales.

Llamándole capitalismo democrático, lo describen como un sistema económico basado en el mercado libre, un sistema político democrático y un sistema

---

24. El mundo de la circulación de mercancías es llamado por Marx «paraíso de los derechos naturales del hombre». Cf. MARX, K.: *Das Kapital*, p. 131, ironizando acerca de los principios de la Revolución francesa: «Was allein hier herrscht, ist Freiheit, Gleichheit, Eigentum...» *Ibid.*, p. 131. Sólo los propietarios –había dicho en el Manifiesto– pueden gozar de libertad, sólo ellos tienen personalidad. Cf. MARX, K., y ENGELS, F.: *Manifest der kommunistischen Partei*, pp. 40-42.

25. Engels se empeña, sin conseguirlo, en traducir a claves de propiedad las tesis del antropólogo Morgan acerca del talante y sentido de las instituciones primitivas de los pueblos. Cf. ENGELS, F.: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Claridad, Buenos Aires, 1935, sobre todo pp. 183-207.

26. Cf. HEILBRONER, R. L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*, p. 65.

27. Cf. SMITH, A.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, pp. 51-52. Smith dedica muchas páginas al tema del beneficio. *Ibid.*, pp. 47-139.

moral o cultural pluralista. No reparan en dar por evidente –y antes del derrumbe de los comunismos del Este europeo– la superioridad manifiesta de este capitalismo sobre cualquier otro programa existente, aunque también describen con lucidez sus ambivalencias y los peligros que corre, de no corregir pronto algunas de sus desviaciones.

Explicaremos un poco estos aspectos.

El capitalismo ha logrado metas incuestionables y ha proporcionado inmensos beneficios a la humanidad[28]. Comprobamos en este primer aserto el aplauso a la libertad de corte occidental que tiene su traducción privilegiada en los mecanismos de mercado. No se piensa en libertades formales, sino en una posibilidad real de que se produzcan y circulen los capitales compitiendo entre sí a la búsqueda de un beneficio deseable para el capitalista individual y para la entera estructura de la sociedad.

El capitalismo favorece, además de la producción de bienes y su distribución menos desigual, la mejor estructuración social y la menor coacción sobre los individuos. Bajo él se ha producido un desplazamiento progresivo de otras formas de estratificación social, con el incremento de la movilidad ascendente, la educación como vehículo óptimo para ella y la mayor transparencia como resultado[29]. Ello va en beneficio de la autonomía individual, pese a que ésta precise de instituciones compensatorias de la anonimidad, como la familia y la religión. De modo muy particular el capitalismo se ha transformado en una *condición necesaria, pero no suficiente, de la democracia*[30].

¿Cuáles son, para los neoconservadores, las deficiencias del capitalismo democrático de fin del siglo XX?

Fundamentalmente apuntan a problemas de ética y de legitimación. El ímpetu ético-religioso con que nació el capitalismo, según Weber, ha disminuido y en muchas capas de la sociedad capitalista ha desaparecido. Por culpa de la crisis religiosa y del consumismo voraz el capitalismo ha perdido *su ética*[31].

---

28. «El capitalismo industrial ha generado la mayor energía productiva en la historia de la humanidad. Hasta la fecha ningún otro sistema socioeconómico ha sido capaz de generar una energía productiva comparable.» Son las dos primeras de las cincuenta proposiciones de Berger y, sin duda, el fundamento «agresivo» de todas las restantes. Cf. BERGER, P. L.: *La revolución capitalista. Cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad*, Península, Barcelona, 1989, pp. 47 y s. y 254. Se trata de una obra sugestiva y con arte para la descripción sociológica. Aun detectando la natural proclividad del autor a condenar firmemente los sistemas comunistas –por ruinosos y totalitarios–, no se le puede descartar de un plumazo como suele acostumbrarse en ciertos círculos, diciendo que ese enfoque descriptivo es puramente ideológico-capitalista. Convendría contrastar sus datos para llegar a una discusión fértil desde el punto de vista científico.

29. *Ibid.*, pp. 67 y s, 76 y s., 79 y s. y 255.

30. *Ibid.*, pp. 101 y s. y 255.

31. Cf. BELL, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977, pp. 37 y 73 y s. Lo curioso es que lo afirmen los conservadores, pese a estar convencidos de las profundas raíces éticas del sistema capitalista, recordando que está apoyado en la libertad, que la estimula (sobre todo en su vertiente íntima e individual) y que posibilita *la producción de bienes*, sin la cual no es posible ningún reparto ni distribución más o menos equitativa entre los ciudadanos.

El capitalismo se ha quedado sin legitimación moral[32]. Es el ethos del capitalismo el que necesita una gran mejora, clama Kristol, y no su economía. Por si fuera poco, frente a él el socialismo aparece con un enorme atractivo que procede sin duda de su carga de fantasía utópica y no de sus éxitos sociales o económicos[33].

Si repasamos los principios que fundamentan este análisis, detectaremos al menos estos cuatro hitos.

El punto central es *la racionalidad*. Los neoconservadores no le hacen ascos a la modernidad, es decir, a la racionalidad del cálculo y de la eficiencia, aunque sean conscientes que ello conlleva la pérdida de unidad en la cosmovisión clásica y cierta anuencia con el relativismo. Quedaría bien expresado con tres notas que Berger aplica a las instituciones sociales modernas, a saber: la producción científico-técnica, la burocracia administrativa y el pluralismo cultural[34].

Entre ellos no existe el viejo temor a la cultura de masas. Hacía tiempo que autores como D. Bell habían interpretado este fenómeno como un camino hacia la igualdad democrática con el mayor acceso a los bienes de toda índole. El peligro viene de la atomización social, la huida a la vida privada[35], que sólo puede atajarse mediante la participación social con ayuda de estructuras intermedias de carácter voluntario.

El aspecto económico es también relevante, pues diferencia con bastante nitidez a los neoconservadores de sus predecesores. Proclives éstos al capitalismo puro, no ven con buenos ojos las concesiones de aquéllos a ciertas socializaciones que los estadistas quizás han asumido como inevitables. No extraña entre los «jóvenes» la aceptación del «New Deal», la convivencia pacífica con el Estado benefactor o el sí matizado al intervencionismo estatal en ciertos terrenos[36].

La actitud *ética* sería el último distintivo reseñable. Básicamente los neoconservadores han asumido el relativismo y pluralismo imperantes, con los cuales sólo puede establecerse una sociedad de consenso. Son opuestos, por

---

32. Cf. NEUHAUS, R. J.: *The Naked Publik Square. Religion and Democracy in America*, Eerdmans, Michigan, 1986, p. IX.

33. «El socialismo es uno de los mitos más poderosos de la época moderna; y mientras conserve su calidad mítica, la evidencia empírica es incapaz de confirmar su facultad en el pensamiento de sus partidarios.» Por el contrario, «el capitalismo padece de una incapacidad intrínseca para generar legitimaciones y está particularmente falto de poder mítico; en consecuencia, depende de los efectos legitimadores de su pura realidad o de su asociación con otros símbolos legitimadores.» BERGER, P. L.: *La revolución capitalista*, pp. 247 y s.

34. Cf. BERGER, P. L.; BERGER, B., y KELLNER, H.: *Un mundo sin hogar*, Sal Terrae, Santander, 1979.

35. Tan bien analizada por Luckmann como un acicate imparable para el cambio de religiosidad. Cf. LUCKMANN, Th.: *La religión invisible*, Sígueme, Salamanca, 1973, pp. 89 y s.

36. Lo expresan con claridad Bell y Novak. Cf. BELL, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977. NOVAK, M.: *El espíritu del capitalismo democrático*, Tres Tiempos, Buenos Aires, [4]1984.

tanto, a todo absolutismo de derechas o de izquierdas. No creen en *el dogma* del progreso, sino en la conquista lenta de pequeños progresos. Aceptan la religión, pero están persuadidos de que la verdad no es captable de una vez por todas. Si los viejos y grandes conservadores defendían a muerte la religión y la tradición, los nuevos son entusiastas convencidos de la libertad democrática.

No podemos hacer balance total[37] de esta visión reciente acerca de las relaciones profundas entre capitalismo y democracia. Sin embargo, resaltaremos algunos detalles de los planteamientos escuchados.

La mentalidad que contempla con mirada aprobatoria el capitalismo actual mantiene las exigencias propias del sistema, los requisitos garantes supremos de su éxito y de su supervivencia, a saber: la eficiencia económica y técnica, la racionalización en la productividad y en el mercado, la búsqueda orgánica de ganancia y la consecución ponderada de beneficios. Sin ello sería ilusorio y utópico hablar de capitalismo.

La libertad en la sociedad, respaldada por un ordenamiento jurídico y un poder estable, es considerada como otro factor esencial para el juego espontáneo y fructífero de la competencia mercantil. Aunque muchos países capitalistas han experimentado el paso de las dictaduras con ciertos resultados momentáneamente positivos, suele aceptarse mayoritariamente que a la larga son contraproducentes para el equilibrio social y político de los pueblos, especialmente en los entramados cada vez más complejos de las relaciones internacionales.

Incluso gentes de talante socialista o liberal, como Dahrendorf, concuerdan en que la democracia es buena compañera del sistema capitalista, aunque éste no sea visto como causa absoluta de las libertades democráticas. De hecho y según acabamos de notar, el totalitarismo ha convivido de buen grado con el capitalismo. En todo caso parece claro que la libertad de mercado exigida por el régimen de producción capitalista coadyuva a la emergencia y mantenimiento de muchas instituciones y estructuras sociales democráticas.

Resta el problema ético. En sí mismo, es decir, como sistema de producción y de reparto de riquezas, carece en apariencia de un sólido fundamento moral. Tampoco encuentra fuerte apoyo ético en el tipo de libertad que demanda como requisito para el funcionamiento de sus mercados. Incluso podemos afirmar que el capitalismo contemporáneo no encuentra argumentos suficientes para limitar la codicia insaciable ni la desigualdad manifiesta. Sólo denuncia como ineficaces, irreales o autodestructivos, los desequilibrios originados por ciertos abusos que quiebran la estabilidad del sistema.

Tal como vienen anunciando tratadistas de uno u otro signo, el capitalismo democrático tiene pendiente una abultada cuenta, sin cuya resolución no podrá

---

37. Cf. para ello la óptima investigación sobre el asunto de MARDONES, J. M.: *Capitalismo y religión. La religión política neoconservadora*, Sal Terrae, Santander, 1991. De él hemos tomado algunos datos.

legitimarse su existencia ni garantizarse su supervivencia como eje interno de las sociedades del futuro.

Todavía volveremos sobre este asunto en la parte conclusiva del tema.

3. Contradicciones en el Estado del bienestar

La fórmula más evolucionada y más concorde con las clásicas reinvindicaciones obreras ha recibido el nombre de Estado del Bienestar. Vendría a ser, si todo fuera positivo, la consagración de un sistema social inspirado por el capitalismo democrático, o sea, por aquel que habría sido capaz de atender las demandas de los trabajadores y corregir los excesos de primera hora, a fin de garantizar su continuidad y su protagonismo en la sociedad de este siglo.

Las primeras llamadas de atención provinieron de pensadores de izquierda, aunque eran parte del entramado universitario occidental. Partían de una convicción firme y unánime: también el esquema marxista debe sufrir modificaciones para que sea escuchado en Occidente.

Para ilustrar esta cuestión comentaremos un breve escrito de Marcuse y otro de Habermas.

Según Marcuse[38], Weber descubrió que el capitalismo y la era industrial nacieron bajo dos condiciones: la empresa privada y el trabajo *formalmente libre entre iguales*. La competencia originada está dirigida por la razón técnica conducente al dominio racional-burocrático que, a la postre, subyuga a los hombres.

Weber tiene el mérito de detectar el irracionalismo a que lleva este sistema y del que surge como gran ídolo la razón técnica. Este es el elogio de Marcuse, pero con algunos matices.

Weber identifica la razón técnica con la razón burgués-capitalista. «Su perspectiva no le permite ver que no es la razón 'pura', formal, técnica, sino la razón de dominio la que vuelve a instaurar la morada de la esclavitud»[39]. Marcuse aclara que el progreso científico-técnico tiene una doble función: fuerza de producción e ideología[40], pero por sí misma «la consumación de la

---

38. Nos referimos a un artículo poco mencionado de Marcuse que lleva por título *Industrialización y capitalismo en la obra de M. Weber*. Se trata de una conferencia pronunciada por Marcuse en 1964 durante la XV Reunión celebrada con motivo del *Día de los Sociólogos Alemanes* en la ciudad de Heidelberg. Ha sido editada en España como parte del libro MARCUSE, H.: *Etica y revolución*, Taurus, Madrid, [2]1970, pp. 117-140.

39. MARCUSE, H.: *Etica y revolución*, p. 138. Habermas añadirá que la tecnología como tal es indiferente. Cf. HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*, Tecnos, Madrid, 1986, p. 65.

40. Clarividente es la descripción de Habermas acerca de las *ideologías recientes*. Estas «sustituyen a las legitimaciones tradicionales del dominio, al presentarse con la pretensión de ciencia moderna y justificarse a partir de la crítica a las ideologías». HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*, p. 79.

razón técnica puede convertirse en instrumento de la *liberación* del hombre»[41].

Para Marcuse en el momento actual la ciencia y la técnica han asumido el rol de ideología. «El concepto de la razón técnica es en sí mismo ideología. No ya su empleo, sino la técnica misma, es dominio (sobre la naturaleza y sobre el hombre), dominio metódico, científico, calculado y calculativo»[42]. La razón técnica elige las mejores fuerzas y los mejores líderes para la producción. La razón técnica se ha convertido en razón política y su único fin o interés es el dominio.

Así pues, y comenzamos con la más llamativa conclusión de Habermas, está claro que *el esquema marxista ya no es aplicable*. ¿Por qué razones? Al menos y de entrada tenemos dos:

– Ha crecido desmesuradamente la interdependencia entre ciencia y técnica, convirtiéndolas en fuerzas productivas[43].

– Vige un cierto intervencionismo estatal para asegurar la estabilidad del sistema, con lo que el dominio político puede ser legitimado en adelante *desde abajo*[44].

Habermas establece a partir de aquí algunas conclusiones.

Ante todo, el poder económico-político exige una nueva legitimación. Se excluyen las formas de legitimación directamente ideológicas. En lugar de la ideología del *libre* cambio se introducen programaciones complementarias que garanticen un bienestar mínimo, la permanencia en el trabajo y la estabilidad de los ingresos. Esto conlleva seguridad social y de todo el sistema, una reducción parcial de los derechos del capital privado y la lealtad de las masas, con lo cual se comprueba –resignadamente o no, es cuestión aparte– que en lugar de otorgar un papel positivo a la función política hay que darle el papel negativo de evitar disfuncionalidades y riesgos en la estructura económica[45].

Todo esto impide, como hemos dicho, la aplicación del puro marxismo y favorece el nacimiento de una ideología distinta, caracterizada por una doble cualidad que conviene explicitar.

Por un lado se produce el alejamiento intencionado de las masas respecto de los interrogantes sobre el sistema, ya que la organización existente concede al pueblo ventajas materiales, tiempo libre, la creencia de que jamás ha sido

---

41. MARCUSE, H.: *Etica y revolución*, p. 138. Sigue con este apunte crítico: «El análisis del capitalismo de Max Weber no era lo bastante 'libre de valores', puesto que incluía en las definiciones 'puras' de la racionalidad formal las valoraciones específicas del capitalismo.» *Ibidem*.

42. Y continúa: «Ciertos intereses y finalidades del dominio no le han sido 'añadidos' a la técnica desde fuera, sino que son ya ingredientes de la construcción del aparato técnico mismo; la técnica es siempre un *proyecto* histórico-social, en ella se proyecta lo que piensan hacer del hombre y de las cosas, una sociedad y los intereses que en ella imperan. Esa 'finalidad' del dominio es 'material' y como tal pertenece a la forma misma de la razón técnica.» *Ibid.*, p. 138.

43. Cf. HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*, pp. 81 y s.

44. *Ibid.*, p. 76.

45. Cf. HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*, pp. 84 y s.

tan libre-feliz como ahora, impidiéndole, en cambio, toda reflexión y decisión real sobre *los fines* que orientan al sistema entero[46].

Por otro lado la ciencia y la técnica como ideología rechazan la moralidad en cuanto categoría normativa de conductas. «En la conciencia tecnocrática no se refleja el movimiento de una totalidad ética, sino la represión de la 'eticidad' como categoría de vida. La conciencia positivista imperante abole el sistema de referencia de la interacción en el medio del lenguaje ordinario, sistema en el que el dominio y la ideología surgen bajo las condiciones de una distorsión de la comunicación...»[47]. Contra ello predica Habermas la teoría de la libre comunicación[48], con la que podrá fundamentarse una crítica de la ideología capitalista y una nueva forma de concebir lo ético-social[49].

Si deseamos extraer algunas conclusiones provisionales, deberíamos concordar en que en o a través de la ciencia tecnológica ha acontecido una fusión entre un tipo de racionalidad y la opresión. Siguen latentes en muchos lugares los conflictos de clase, pero no es posible la lucha entre ellas, porque no existen como tales,[50],aunque haya evidentemente grupos subprivilegiados. La política no es superestructural y la evolución del sistema social parece estar determinada por el progreso científico-tecnológico. Por lo cual se impone cambiar la dirección del progreso, manteniendo la estructura de los avances técnicos. Podríamos llegar así a una naturaleza que, en vez de ser naturaleza explotada, sería una naturaleza fraterna[51].

El discurso en torno al modelo de sociedad inspirado por el capitalismo democrático ha continuado y ahora con cierto agudizamiento, no sólo por la caída de los regímenes marxistas, sino por la crisis larvada de los mayores representantes (Suecia, por ejemplo) de cierto tipo de Estado del Bienestar[52].

---

46. «Excluye las cuestiones *prácticas* y con ello la discusión sobre criterios que sólo podrían ser materia de una formación democrática de la voluntad política (...). La nueva política del intervencionismo estatal exige por eso una despolitización de la masa de la población.» *Ibid.*, p. 85.

47. *Ibid.*, pp. 98-99.

48. Ese es el contenido de su obra más densa. Cf. HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid, 1983.

49. Cf. HABERMAS, J.: *Conciencia moral y acción comunicativa*, Península, Barcelona, 1985. Sobre el asunto se han gastado ríos de tinta, como si se intuyera una alternativa a la fundamentación tradicional de la ética natural o una versión menos racionalista-kantiana de la normatividad universal. En esta línea es provechoso escuchar las propuestas de Küng sobre una ética universal de nuevo cuño, con o sin el apoyo de la religión. Cf. KÜNG, H.: *Proyecto de una ética mundial*, Trotta, Madrid, 1991, pp. 43, 58-59, 63-65.

50. Dahrendorf demostró que las clases de índole económica no son el principal factor divisorio de la sociedad. Existen otros factores, aunque el más sobresaliente es *la autoridad*. Cf. DAHRENDORF, R.: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid, 1974.

51. Cf. HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*, pp. 58, 62, 64, 82, 88, 92 y s.

52. Varían sus descripciones, pero la del mismo Offe resume bastante bien todos sus componentes: «Históricamente el Estado del Bienestar ha sido el resultado combinado de diversos factores que cambian en composición, dependiendo de los países. El reformismo socialdemócrata, el socialismo cristiano, élites políticas y económicas conservadoras ilustradas y grandes sindicatos industriales fueron las fuerzas más importantes que abogaron en su favor y otorgaron esquemas más y más amplios

Contra él se levantan objeciones de uno y otro signo. Resulta oportuno conocerlas para ponderar sus resultados.

La derecha, por emplear nombres convencionales, critica en este género de Estado puntos nucleares de su política, esgrimiendo buenas razones. El Estado del Bienestar ha gravado con su carga fiscal el capital, con lo que éste se ve desincentivado para la inversión y huye hacia regímenes menos agobiantes. Además, las garantías ofrecidas a los obreros y a sus sindicatos provocan en ellos una pérdida de estímulo para el trabajo. Ambos elementos contribuyen a la desaceleración del proceso productivo y a la quiebra consiguiente de la prosperidad sostenedora del mismo Estado del Bienestar.

La izquierda tilda al Estado del Bienestar de ineficaz, represivo e ideológico. Lo primero porque, al margen de los gastos inútiles de su burocracia, no resuelve las causas de la pobreza, sino sus consecuencias. La represión se hace patente en la sumisión que exige al individuo y a ciertos colectivos para ser «merecedor» de una ayuda. Por último, la calificación de ideológico procede del cisma existente entre la ciudadanía o las asociaciones civiles y el mundo de la economía, del trabajo, de la producción.

Nada de todo esto resulta rigurosamente exacto, dice Offe[53]. Es verdad que este sistema socio-estatal depende de la prosperidad económica y que en muchos sentidos la derecha acierta en su crítica, pero también es cierto que este Estado se opone con sus medidas a la explotación indiscriminada de las capas inferiores de la sociedad. Tampoco andan desacertados los simpatizantes de la izquierda, pese a que ellos están más conformes con este modelo social.

De todas maneras, para unos y otros el Estado del Bienestar en sus distintas versiones es irreversible. Su abolición exigiría poner en cuestión los partidos, los sindicatos, la democracia. Incluso de forma inmediata es imprescindible para la política de educación pública, la vivienda, la seguridad social, los grandes servicios de la Sanidad, de las comunicaciones y de los transportes.

Por supuesto, éste no es el reino utópico esperado por capitalistas y socialistas, pero ambos necesitan en alguna medida de este Estado.

La paradoja se hace más chocante e hiriente para el conservadurismo duro

---

de seguro obligatorio, leyes sobre protección del trabajo, salario mínimo, expansión de servicios sanitarios y educativos y alojamientos estatalmente subvencionados, así como el reconocimiento de los sindicatos como representantes económicos y políticos legítimos del trabajo. Estos continuos desarrollos en las sociedades occidentales se vieron a menudo acelerados dramáticamente en un contexto de crisis y conflicto social intenso, especialmente bajo condiciones bélicas y posbélicas. Los logros alcanzados bajo condiciones bélicas y posbélicas se mantuvieron regularmente, añadiéndose a ellos las innovaciones que cabía introducir en períodos de prosperidad y crecimiento. A la luz de la doctrina keynesiana de la planificación económica, el Estado del Bienestar llegó a concebirse no tanto como una carga impuesta a la economía, sino como un estabilizador interno de tipo económico y político, que ayudaba a regenerar las fuerzas del crecimiento económico y evitaba que la economía cayese en espirales descendentes hacia profundas recesiones.» OFFE, C.: *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Alianza, Madrid, 1990, pp. 136-137.

53. *Ibid.*, pp. 136-150.

y militante, porque hoy por hoy el capitalismo no puede existir ni *con* ni *sin* ese Estado del Bienestar, salido de una sociedad de mercado libre que ha acogido por compasión o por interés de sobrevivencia propia las reclamaciones de la clase obrera en orden a una vida más digna.

No existe, por el momento, alternativa, repiten con alborozo o con resignación los sociólogos y los políticos. Sólo queda la posibilidad de privados y reducidos ensayos comunales, amparándose en la permisividad de los Estados democráticos modernos. Lo habían presentido ciertos anarquismos y lo ensayaron socialistas utópicos como Fourier, pero fueron relegados al olvido por doctrinas más totalizadoras y revolucionarias.

Ahora sólo cabe mantener el interrogante sobre el futuro y plantear siquiera las condiciones mínimas de una sociedad más equilibrada, solidaria y justa.

4. La sociedad del futuro: referencias mínimas

Podemos extraer alguna conclusión que sirva de pauta mínima para repensar el modelo social, económico, político y ético del futuro. No se trata de ningún proyecto de envergadura, sino de apuntes rápidos y espontáneos en torno a todo lo expuesto.

Después de la crisis del capitalismo liberal y el fracaso del régimen comunista podemos considerar que poseemos algunas referencias singulares para orientar la vida de las sociedades y de los pueblos. Su enumeración, sencilla y neta, será suficiente como modesta aportación a lo que otros han pensado con mayor peso y fundamento[54].

En principio hemos de negar toda posibilidad real al *capitalismo duro*. Condenado por instancias tan moderadas como la Iglesia Católica, se muestra ineficaz a la corta por el gran número de desequilibrios económicos y políticos que ocasiona. Nuestra época posee una conciencia humanitaria y social demasiado fuerte como para consentir la explotación descarada de los seres humanos.

Tampoco parece verosímil la instauración de la *igualdad absoluta*. Las causas son diversas. Quizá deba atribuírsele a la falta de incentivo, al anonimato de las masas contemporáneas o acaso a la competencia feroz que rompe toda buena voluntad. Sólo las pequeñas comunas, los grupos familiares, las fraternidades de variado signo pueden alcanzar la armonía necesaria para esa vivencia tan utópica, soñada desde siempre por los humanos.

La *productividad* no puede faltar a la cita de la sociedad contemporánea. Una productividad auténtica, competente, estable, continuada y que reoriente cada día sus objetivos según las necesidades que impone el mercado.

---

54. Küng opina que hemos llegado a una situación superadora del capitalismo y del socialismo. Ahora debemos «trabajar en la línea de una *economía de mercado ecológico-social*». Cf. KÜNG, H.: *Proyecto de una ética mundial*, p. 30.

Beneficio, ganancia, lucro son ingredientes básicos de la economía capitalista. Hasta el propio Marx lo reconocía[55]. Desde muchos ángulos se impone la presencia del beneficio como incentivo para todos los que participan en las empresas productivas, sean gerentes, dueños o asalariados. Como hemos recordado antes, ello suscita un profundo interrogante que, ante la miseria de millones de hombres, no será fácil acallar.

Debe existir, por la misma razón, *libertad de mercado*. No puede ser una libertad a tono con capitalismos desenfrenados, sino una libertad controlada por un Estado que desde el consenso social proteja a los menos pudientes, a los débiles y a los desamparados.

Para muchos de nosotros se vuelve necesario e indiscutible concebir nuestra convivencia dentro de una *sociedad democrática*. Sin ella se pudren los mejores logros económicos y los poderosos caen con mayor facilidad en la tentación de la apropiación indebida y en el abuso flagrante de los bienes comunes.

Aunque éste sea un mensaje impropio de los análisis científicos, se nos antoja imprescindible condenar el derroche desenfrenado, invitando, por el contrario, a la *austeridad* en el uso de aquello que nació destinado originalmente a todos los humanos. Ello conlleva la atención permanente a esa parte de la humanidad que aún no se ha beneficiado de los éxitos del sistema productivo capitalista, olvidando cada vez más la mirada avariciosa hacia esas regiones como fuente de nuevas e injustas explotaciones.

Queda una última cuestión, tocada en una vertiente por los continuadores de la Teoría crítica y, en otra, por los neoconservadores. Se trata del problema del *sentido*. Apoyándose antaño en doctrinas de cariz religioso o en proclamas de fraternidad, los sistemas sociales contemporáneos dan la impresión de haber quedado huérfanos de sentido[56]. Se insinúa incluso, como hemos visto, que existe un marcado interés en que todo siga así. Mucho nos tememos, sin embargo, que el hueco dejado pueda ser cubierto por doctrinas que podrían rebelarse a la postre contra el mejor sistema social, político y económico que haya inventado o pueda inventar la humanidad moderna.

La filosofía social y política debiera continuar indagando en aquellos fundamentos que dan razón última de todo el quehacer humano y de todos los entramados sociales.

---

55. Lo he mencionado en mi artículo LARRAÑETA, R.: «Pulso al momento sociohistórico actual: el proyecto de la Casa Común Europea», en: Cuesta, B. (coord.): *Educación y nueva sociedad*, San Esteban, Salamanca, 1991, p. 15, n. 12.

56. Podría aceptarse esta carencia de sentido de manera positiva, tal como hacía F. Nietzsche cuando veía en la llegada del sinsentido nihilista la ocasión propicia para los grandes creadores de la humanidad. Cf. NIETZSCHE, F.: *La voluntad de dominio*, en *Obras completas*, Aguilar, Buenos Aires, [5]1967, vol. IV, pp. 15-67. La ausencia de sentido en el capitalismo actual sería el signo de libertad para la concepción personal y espontánea de toda la realidad.

BIBLIOGRAFIA

BELL, D.: *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Alianza. Madrid, 1976.
BELL, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza. Madrid, 1977.
BERGER, P.: *Un mundo sin hogar*. Sal Terrae. Santander, 1979.
BERGER, P.: *La revolución capitalista. Cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad*. Península. Barcelona, 1989.
DUBIEL, H.: *Qué es el neoconservadurismo*. Anthropos. Barcelona, 1989.
HABERMAS, J.: *Ciencia y técnica como 'ideología'*. Tecnos. Madrid, 1986.
HABERMAS, J.: *La reconstrucción del materialismo histórico*. Taurus. Madrid, 1981.
HABERMAS, J.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Amorrortu. Buenos Aires, 1975.
HABERMAS, J.: *Ensayos políticos*. Península. Barcelona, 1988; Madrid, 1989.
HEILBRONER, L.: *Naturaleza y lógica del capitalismo*. Península. Barcelona, 1990.
KRISTOL, I.: *Confesiones de un neoconservador*. GEL. Buenos Aires, 1986.
KÜNG, H.: *Proyecto de una ética mundial*. Trotta. Madrid, 1991.
MARCUSE, H.: *Etica y revolución*. Taurus. Madrid, [2]1970.
MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Seix Barral. Barcelona, 1971.
MARCUSE, H.: *Eros y civilización*. Ariel. Barcelona, [2]1981.
MARDONES, J. M.: *Capitalismo y religión. La religión política neoconservadora*. Sal Terrae. Santander, 1991.
MARX, C.: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Ed. Política. La Habana, 1965.
MARX, C.: *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. A. Corazón. Madrid, 1978.
MARX, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Siglo XXI. Madrid, [5]1976 (3 vols.).
MARX, K.: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*. Dietz. Stuttgart-Berlín, 1922.
MARX, K., y ENGELS, F.: *Manifest der kommunistischen Partei*. Reclam. Stuttgart, 1970.
NOVAK, M.: *El espíritu del capitalismo democrático*. Tres Tiempos. Buenos Aires, 1984.
O'CONNOR, J.: *Crisis de acumulación*. Península. Barcelona, 1987.
OFFE, C.: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Sistema. Madrid, 1988.
OFFE, C.: *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Alianza. Madrid, 1990.
RUBIO, M. J.: *La formación del Estado social*. Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social. Madrid, 1991.
SMITH, A.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. FCE. México, 1982.
WEBER, M.: *Economía y sociedad*. FCE. México, [2]1987.
WEBER, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península. Barcelona, [2]1973.